

Lecturas

La cerilla que, pese al viento, alumbró

Cuando Tabucchi reclamó el deber de los escritores de indagar en todo aquello que no se da a conocer

LUIS M. ALONSO

Paul Valéry dijo que el hombre que escribe nunca está solo. Por eso, Antonio Tabucchi (Vecchiano, 1943-Lisboa, 2012) nos ha dejado a lo largo de su fructífera vida, cuando no novelas y hermosos cuentos, una amena correspondencia, el apasionado debate en sus artículos y polémicas, y hasta el propósito de un diario que es el arma de quienes no quieren romper con la feliz familiaridad de los días para aislarse en esa realidad paralela de la literatura.

En algunas ocasiones, el escritor italiano, fallecido la pasada semana en Lisboa, supo condensar en una misma fórmula la esencia del tiempo del dietario con el género epistolar. Como ocurrió en la correspondencia mantenida con Adriano Sofri con motivo de la polémica a raíz del artículo publicado en 1997 por Umberto Eco, en su sección de *L'Espresso*, *La Bustina de Minerva*, en el que el filósofo experto en semiótica escribía que el primer deber de los intelectuales era permanecer callados cuando no sirven para nada.

Sofri, con quien Tabucchi compartió las reflexiones que luego vieron la luz en un libro editado en este país bajo el título *La gastritis de Platón*, fue en los años setenta líder e ideólogo de Lotta Continua, una organización extraparlamentaria de izquierdas. En 1988, en compañía de otros dirigentes de este grupo, se le acusó del asesinato de un comisario de Policía cometido dieciséis años antes. En 1977, ingresó en prisión; su caso, rodeado de irregularidades y testimonios tardíos, llegó a ser comparado en Italia con el *affaire Dreyfus*. Pasan los años y sigue despertando polémica. Carlo Ginzburg escribió un libro, *El*

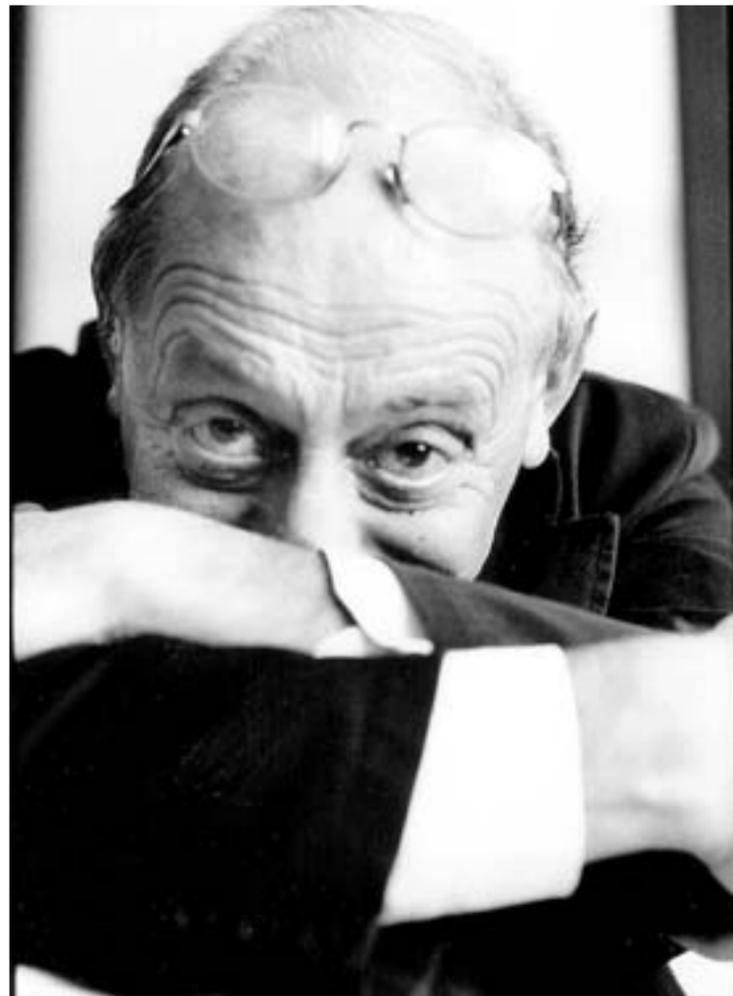
juez y el historiador, con interesantes consideraciones sobre el asunto.

Eco denunciaba en su controvertido artículo la arrogancia de reclamar el derecho a conocer más allá de las evidencias. Venía a decir que un intelectual, igual que cualquier otro ciudadano, lo único que tendría que hacer si su casa se quemaba era avisar a los bomberos. Tabucchi respondió que si su apartamento se quemase, además de llamar a los bomberos, lo que él haría sería intentar saber si el fuego lo originó un cortocircuito o un cóctel Molotov.

Comoquiera que el dietario, los artículos y la correspondencia mantenida con el editor francés que se hizo cargo de la *gastritis* y el propio Sofri, protagonista de un caso tan oscuro como inquietante, coincidiera con los primeros enfrentamientos que Tabucchi mantuvo con Berlusconi a propósito de la *ley Alfano*, el autor de *Sostiene Pereira* se vio obligado a defender abiertamente el derecho y el deber del escritor a indagar en “todo aquello que no se da a conocer” y preocupa, aunque no tenga nada que ver con la literatura.

Lo de menos ahora son los argumentos de aquella polémica sobre el papel de los intelectuales que apenas se resumen aquí por falta de espacio. Lo de más, el hecho de que Tabucchi hubiese podido llegar a lo largo de su vida a la feliz conclusión de que el hombre de letras debe esforzarse por recorrer su camino con paso sereno, pero sin renunciar a la obstinación de encender su pequeña cerilla, en sus propias palabras “para que brille algo de luz aunque sople el viento”. El escritor añadía: “Mientras nos queden cerillas”.

No se trata de incendiar, sino de alumbrar. Claro que sí, querido Tabucchi.



El escritor italiano, nacionalizado portugués, Antonio Tabucchi. LOT

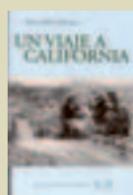
Tabucchi respondió a un artículo de Umberto Eco que denunciaba la arrogancia de los intelectuales al reclamar el derecho a conocer más allá de las evidencias



En época de monstruos y catástrofes

CAMILLE DE TOLEDO

Alpha Decay
368 páginas
24 euros



Un viaje a California

ALEXANDRE DUMAS

Ediciones del Viento
170 páginas
18 euros

No se entristezca al acabar: habrá tres partes más

Agárrense bien si se acercan a Camille de Toledo (Lyon, 1976), porque en un panorama tan gris como el de las letras francesas de los últimos años sus explosivos textos producen sacudidas sísmicas. No sólo eso. Además de tener todo lo que se necesita y más para ser un gran novelista, De Toledo tiene una ambición de las que se encuentran pocas veces por década.

La mejor prueba de ello es esta *En época de monstruos y catástrofes*, que el autor presenta como el “Tomo I de la tetralogía artificial de los Estratos”, advirtiendo que es la primera capa de un “peplum” que irá “rajando” de libro en libro.

De Toledo parte de un París (sí, con genitivo sajón) recreado en pleno Texas. Allí se instala Leopold William Kacew, quien al poco estará al frente de un emporio basado en curiosos juguetes sexuales. Es sólo el principio y el lector lo odiará o lo amará. Muchos querrán más.

Fiebre del oro en la pluma del mago de la aventura

¿Dumas en California? ¿Por qué no? ¿Estuvo acaso en la corte de Luis XIII? ¿Merodeó acaso por las estancias del cardenal Mazarino? No, sencillamente se documentó hasta la raíz del pelo y puso a luchar su pluma (y la de sus negros) con el florete del caballero D'Artagnan. Pues lo mismo.

Según confiesa el autor en el prólogo a este brioso libro de viajes, fue un azaroso encuentro en una posada el que le hizo conocer a un joven que acababa de regresar de California. Tuvieron una larga conversación. Dumas calibró la personalidad de su contertulio y dio por bueno el detallado cuaderno de notas que éste portaba consigo. Sólo le quedaba, pues, insuflar un poco de duende en aquellos apuntes y el resultado fue esta narración sobre California en plena fiebre del oro. Una pequeña joya perdida –no se había reeditado desde que se tradujera allá por 1873–, rescatada por Ediciones del Viento.